

La pandemia, un agujero en el lazo social. El trabajo en red, una respuesta

Eugenio Díaz Massó[1]

Asesor externo del Grupo de Protocolos i Trabajo de casos en Red. Ayuntamiento de Cornellà

Resumen

La pandemia, un agujero en el lazo social. El trabajo en red, una respuesta

La pandemia está produciendo efectos muy importantes en nuestros modos de habitar el mundo; en el lazo social; en nuestros cuerpos, entendidos no como meros organismos, más bien como el lugar donde se alojan y manifiestan nuestros afectos. De hecho, lo más real de lo que está ocurriendo no es el virus, son sus efectos en la subjetividad, y por tanto en el malestar de una civilización que ha despertado con su propio trauma. Que ha despertado del sueño de que era posible vivir negando que la vida es sólo contingente. Encontrar respuestas que se orienten en la vivificación del lazo social y en los modos de intervenir profesional es una decisión ética. El trabajo en red, es una de ellas.

Ante la repetición compulsiva, la soledad, la incertidumbre y los graves malestares que la época nos presenta, el trabajo colaborativo en el ámbito ciudadano y el trabajo en red en ámbitos profesionales son una respuesta posible. Hemos constatado que con esta experiencia (de conversación; de corresponsabilidad; de apuesta por precisar y darle dignidad a la particularidad; de desjerarquización del saber) se generan espacios y tiempos de colaboración que contrarían servidumbres voluntarias y malvivires diversos.

El trabajo en red se ubica en una lógica acorde al lazo social: la lógica cuestión-respuesta. Una lógica que en lugar de pensar las cuestiones humanas como un problema, las piensa como un interrogante. Interrogante que, como nos hace saber el psicoanálisis, es condición misma de cualquier aprendizaje, de rectificaciones subjetivas, de deseo de vivir.

Palabras clave: Pandemia, lazo social, ética, trabajo en red

Abstract

The pandemic, a tear in the social bond. Networking, an answer

The pandemic is causing a great impact on our ways to inhabit the world; on the social bond; on our bodies, them being not just mere living organisms, but rather the place where our feelings take place and manifest themselves. In fact, the most real part of what is going on is not the virus itself but its effects on subjectivity and, in turn, on the discomfort of a society which has woken up with its own trauma from the dream that it was possible to live denying that life is only contingency. Finding responses aimed at strengthening the social bond and the different types of professional intervention is an ethical decision. Networking is one of them.

In light of the compulsive repetition, the loneliness, the uncertainty, and the severe discomforts brought by these times, collaborative work at the public level and networking at the professional level are both possible responses. We have witnessed that this experience (of conversation, joint responsibility, commitment to precise and dignified individuality, deconstruction of knowledge) gives room to a kind of collaboration opposed to voluntary servitude and any sort of scrapping by.

Networking is framed within a logic of social bonding: the question-answer logic. A logic who does not think of human issues as problems but as questions. Questions which, as is known from the psychoanalysis, are integral part of any learning process, of any subjective rectification, of any desire to live.

Keywords: Pandemic, social bond, Ethics, networking

No hay duda que la pandemia que atravesamos –o más bien que nos atraviesa-, ha producido efectos muy importantes, cuando no devastadores, quizás aún no calibrados del todo, en la vida de las personas y de nuestra civilización; en nuestros modos de estar en el mundo, de pensarlo; en el lazo social; en nuestros horizontes y en nuestros cuerpos. Cuerpos entendidos no como meros organismos, más bien como el lugar donde se alojan, se manifiestan, nuestros afectos.

Por supuesto hay los organismos enfermos, pero también hay los fenómenos de angustia, o los de tipo hipocondríacos y de orden psicosomático vinculados al cuerpo. Y en otra vertiente, los *acting-outs* y los pasajes al acto, donde el cuerpo también está en primer plano, se en forma de autolesiones, de intención agresiva o tendencia a la agresión.

Así lo hemos visto en el aumento de las tensiones familiares con las que los servicios sociales, muy a pesar suyo, se han visto cerca del desbordamiento. O en el incremento en las urgencias en salud y salud mental. Valga como ejemplo el dato de atenciones por intentos autolíticos (de más o menos letalidad) en el CSMIJ de Cornellà de los meses de enero y febrero de este año: los mismos que durante todo el 2020.

Tensiones que también se han manifestado en el ámbito educativo, por ejemplo con absentismos (incluso abandonos) vinculados a malestares diversos en los cuerpos, desde dolores que circulan, usados más o menos como excusas, hasta insomnios persistentes, y donde el uso abusivo de las pantallas juega su papel.

Entonces, podemos decir, que lo más real de lo que está ocurriendo no es el virus. Lo más real son sus efectos en la subjetividad. Y por tanto en el malestar de una civilización, que ha despertado, con su propio trauma. Que ha despertado del sueño de que era posible vivir negando que la vida es sólo contingente[2].

Una negación alentada por el discurso capitalista y su avanzadilla, el *márqueting*, que promueve una subordinación a la lógica producción-consumo y con ello un hedonismo de masas.

Y en la actualidad -en el desconcierto de las restricciones, de las incertidumbres, de las vulnerabilidades descubiertas-, una llamada desesperada a los Estados-nación en tanto previsores y protectores y un creciente malestar por lo insuficiente de sus respuestas[3], incluso también por el riesgo de su injerencia y del control biopolítico.

La pandemia ha hecho caer los velos con los que el llamado (descuidadamente) estado del bienestar, nos cubría. Y de entre ellos, el de la existencia de “la normalidad”. La pandemia nos ha desvelado que creer en “la normalidad” (incluso la llamada “nueva”) es un modo de tapar algo fundamental para lo humano: que no hay vida sin falla[4]. Que la vida no es sin que lo que falla tienda a agrandarse. Por más que el *management* haya invadido lo social con la idea, casi con el imperativo, de la calidad total (*total quality*). El coronavirus y sus efectos, ponen a cielo abierto que lo humano no es “calidad total,” aunque aspire, sin saber de sus consecuencias de destrucción, a ello.

Amparado en las estadísticas –y en el fetichismo de la cifra-, el imperio de lo normal tiene un predicamento entre algunos de los que están llamados a gobernar, educar, curar, o favorecer el lazo social. Y eso sin olvidar el efecto performativo que tiene esta

palabra, que no se limita a describir un hecho sino que por el mismo hecho de ser expresada ya lo “realiza”. Si hay lo normal, entonces nos creemos orientados y podemos vivir con la tranquilidad de saber de modo muy preciso lo que va y lo que no va. Sabemos así que el problema es que hay algo que no es normal, y que su solución consiste en volver a la supuesta normalidad, cuanto más rápido mejor. Así de simple, así de irreal, así de segregador, pues no hay normal, sin evocar lo anormal y su empuje a hacerlo desaparecer.

Y aún y cada vez más presentes, tenemos los algoritmos, fórmula de una ley donde todo está sometido al cálculo de una calidad sin fisuras. El último leído, dice de cómo detectar si llevas bien puesta la mascarilla. Pero los hay para todos los gustos: la inteligencia artificial decide si vas a tener un trabajo o no; un programa puede determinar si eres un adicto o puedes tener un seguro médico; o la predicción de las probabilidades de que alguien cometa un delito.

Como señala el psicoanalista Eric Laurent, “los algoritmos del cálculo masivo de lo íntimo...matan al sujeto”[5]. O aún más, indica el también psicoanalista José Ramón Ubieta, “la lógica algorítmica crea burbujas de comunicación que son lazos de odio... Un último refugio en un mundo globalizado, donde cada uno cuenta sólo como una cifra o un código” [6].

Aquí, en la época de la supremacía del algoritmo, la referencia es un universo donde todo está, o tiene que estar, en su lugar. Pero lo cierto es que nada está más lejos de la realidad, como la situación actual con toda su crudeza nos dice una y otra vez. Lo humano se rige como Freud señaló hace más de 100 años, por un más allá del principio de placer, que incluye una compulsión de repetición[7] que no para, y que sorprendentemente no deja de sorprendernos.

Cabe señalar que al mismo tiempo de la promoción de todo sometido al cálculo, existe otra promoción, la de la aceptación inevitable de que hay lo imprevisible. Pero esta promoción no es sino señuelo, casi un trampantojo: hay lo imprevisible, luego vale todo, por tanto el cinismo como respuesta.

Quizás no sorprenderse tanto de esta compulsión a repetir, quizás ligarnos a la vida desde la aceptación del equívoco, del malentendido como falla productiva, o desvelar que la incertidumbre no es un hecho contingente sino algo que nos acompaña[8], nos permite una vida un poco más vivible.

Sobre la presencialidad y lo virtual[9]

El agujero en el lazo social que, a causa de la pandemia - la ausencia de presencia - ha producido, nos ha situado en un panorama donde los modos virtuales de comunicación se han generalizado. Y si bien no hay duda que han facilitado algunas conexiones imprescindibles en estos tiempos de alejamientos, desvelamientos e incertidumbres, el interrogante es si la uniformización y las dependencias que observamos que generan, lejos

de favorecer el lazo, son fuentes de nuevas desafecciones y segregaciones, que harán más grande aún este agujero.

Estamos aún a tiempo de comprender cómo manejarnos con eso que viene como imperativo (el uso generalizado de los medios virtuales). Donde, como todo imperativo, la demanda del Otro no puede ser interpretada y por tanto el deseo es reducido a la nada o al capricho.

La cuestión es cómo encontrar, transitar, construir modos de no dejarse absorber por esa especie de idiotización masiva, a la que no son ajenas el auge y el poder de las redes sociales, donde el no-pienso y el todo vale comandan a sus anchas.

Entonces, ¿qué hacer ante las servidumbres voluntarias, de las que desconocemos en muchas ocasiones su existencia, aunque padezcamos su incidencia?

El trabajo en red como respuesta

Ante la repetición compulsiva, la soledad, la incertidumbre, y los graves malestares que la época nos presenta, el trabajo colaborativo en el ámbito ciudadano y el trabajo en red en ámbitos profesionales son una respuesta posible.

Hemos constatado que con ellos, se generan espacios y tiempos de colaboración compartida, de *afectio societatis* que contrarían servidumbres voluntarias y malvivires diversos.

¿Cuáles son los principios rectores básicos de una práctica que, nombrada como trabajo en red aborda modos éticos de acompañar las subjetividades maltrechas de la época?

Nombraré algunos de ellos.

La conversación: que contraría por un lado la vertiente “opinión” que exalta y separa, y por otro la soledad en la orientación y la acción, que frustra y “carga”.

La centralidad del caso: Y con ello, la apuesta por precisar y darle dignidad a la particularidad de cada uno de los sujetos que acompañamos. Ocuparnos de lo singular de cada uno es un modo ético de acompañar, tanto para poner en primer plano el sufrimiento (y no los diagnósticos, sean del tipo que sean, que tienden a convertirse en pronósticos segregativos), como por las posibilidades del lazo social, del aprendizaje, de la rectificación subjetiva, que con ello se generan.

La corresponsabilidad: por tanto, los modos en que los profesionales se separan de sus prejuicios, impotencias y prepotencias.

La desjerarquización en relación al saber: lo que permite un nuevo saber sobre qué y cómo hacer, y volver a hacer. Se trata también de promover liderazgos más discretos[10] y descentralizados, fundamentados en el vínculo y no en el supuesto saber (o el ejercicio del poder.)

El trabajo en red se ubica en una lógica acorde al lazo social –que no olvidemos está en riesgo, hoy más que nunca-: la lógica cuestión-respuesta. Una lógica que en lugar

de pensar las cuestiones humanas como un problema, las piensa como un interrogante. Poner el interrogante como eje, es condición misma de cualquier rectificación o aprendizaje y además convoca a la ética (es decir a la relación de cada persona con lo que hace) más que a la moral (que dice de lo bueno y lo malo, y donde lo malo siempre es supuesto al otro). Una lógica entonces, que no dice cuales son las soluciones, sino que apunta respuestas que permiten explorar las imposibilidades. Y que habla de la responsabilidad y de lo que es profundamente ciudadano. Que lo es porque se fundamenta en un lazo social que incluye las diferencias, en lugar de eliminarlas, segregadas, estigmatizarlas.

Una experiencia: La Xarxa d'Infants i adolescents de Cornellà (Grup de treball de protocols i casos en xarxa)

Coordino externamente[11] una experiencia de trabajo en red (en Cornellà de Llobregat) que funciona hace más de 15 años y que se orienta en la conversación, en la construcción del caso, en las responsabilidades compartidas.

Esta experiencia de trabajo en red se ubica como Grupo de trabajo en el ámbito de Mesa de la Infancia y la adolescencia que promueve el Ayuntamiento de Cornellà.

¿Cuáles son los puntos centrales que fundamentan esta experiencia de trabajo en red?

- Es un proyecto de transversal, de trabajo entre profesionales que ejerce su acción en el territorio (en Cornellà).
- Es un espacio de encuentro entre la educación, la acción social, la salud mental, diseñado como una red que quiere colaborar en dar respuestas a las cuestiones que genera el sufrimiento del niño y el adolescente y su entorno, de sus crisis y de sus conductas de riesgo.
- Es una experiencia que promueve discursos y prácticas que quieren decir sí al sujeto, como condición para que los noes que se requieren en toda socialización, no sean modos de favorecer, perpetuar, abandonos y pasajes al acto diversos.
- Se orienta en la no estigmatización. Tratando de evitar tanto la mirada psicopatologizadora, como la mirada criminalizadora o paternalista. Tales miradas, tienen efectos de discriminación, segregación, desresponsabilización y de empuje a actos destructivos, hacia uno mismo y hacia los otros
- Promueve la formación permanente de los profesionales. En tanto observatorio para la investigación de las formas actuales del malestar y la segregación.

Tal forma de trabajo en red está siendo en estos tiempos, del orden de la experiencia. Lo fue al inicio de la pandemia y lo sigue siendo en el transcurrir de la misma.

Los casos se han multiplicado. Seguramente el uso de los medios *online* lo ha favorecido. Pero pensar que sólo es ésta la razón, es una simplificación que nos aporta pocos elementos para la reflexión.

Mi hipótesis es que a partir de la situación generada por la pandemia, y más allá del agravamiento de los casos atendidos, el trabajo en red está sirviendo como una manera de contrariar la soledad de los intervinientes.

Y ello, porque tal experiencia consolidada durante años en la confianza y el respeto por las aportaciones de unos y otros, y en el deseo de seguir conversando más allá de las dificultades, ha producido un espacio y un tiempo vivificantes.

Vivificante, pues colabora en construir una mirada y un hacer donde de las diferencias, las crisis, las controversias y las repeticiones, son una oportunidad para seguir y no una razón para renunciar.

Notas:

[1] Responsable del Programa CAPCTUA per adolescents en risc d'exclusió (Fundació El Llindar). Psicoanalista, Membre de la ELP de la AMP. Coautor del llibre: *Una pragmàtica de la fragilitat humana*, Editorial UOC, Barcelona 2016.

[2] Al menos para la civilización occidental, la del 1er. mundo.

[3] El señalamiento de las negligencias, no quita que sepamos que las respuestas al malestar no son nunca del todo suficientes.

[4] Esa es, si podemos decirlo así, la única normalidad.

[5] Laurent, E. *La ilusión del cientifismo, la angustia de los sabios*, en <http://blog.elp.org.es/all/cat15/la-ilusion-del-cientificismo-la/>

[6] Ver J.R. Ubieta, "Los nuevos lazos en la 'era Zoom': el valor de la presencia en theconversation.com

[7] Ver entre otros, "El malestar en la cultura" o "Más allá del principio de placer". S. Freud en *O.C.* Tomos XXI y XVIII. Amorrortu Ediciones.

[8] Aunque lo veamos de diversas maneras: objetos de consumo cada vez más sofisticados, el avance de la ciencia que había prometido inmunidad ante los avatares de la vida, ideales, horizontes.

[9] Ver como referencia,, J.R. Ubieta, *El mundo postcovid: entre la presencia y lo virtual*, Ned Ediciones, Barcelona, 2021.

[10] <http://joseramonubieta.blogspot.com/2021/02/liderazgos-pos-covid-mas-discretos.html>

[11] Pienso mi función, como consistente en garantizar que en cada nueva reunión del equipo de trabajo del caso, el deseo de saber circule, o que lo insostenible de lo que no va, que inevitablemente toca los mandatos e ideales de cada uno, no impida un encuentro más para seguir conversando.

Escuchar el pedido de demanda para que el caso participe en la red; favorecer la mirada sobre un pequeño detalle ahí donde lo que se leía era la repetición impotente; buscar el consentimiento de lo escrito en el acta sobre los acuerdos; convocar un nuevo encuentro- se orientan en que la lógica problema-solución no lo invada todo, poniendo en el centro un interrogante, que tiene efectos de pacificación primero y de deseo después.

Correspondencia con el autor: *Eugenio Díaz Massó*. E-mail: ediapfre@copc.cat